



Evocación de la Primera República en su Bicentenario

Por: Mayor General (RA) José Roberto Ibáñez Sánchez
Presidente Academia Colombiana de Historia Militar.

Al conmemorarse los 200 años de la Primera República, conocida peyorativamente como la "Patria Boba", conviene recordar sus hechos históricos más notables, con miras a saber cómo se conformó el Estado colombiano a partir del grito de Independencia de 1810 y hasta 1815, fecha en la cual culminó ahogada en la sangre de gran parte de sus fundadores.


La coyuntura que motivó nuestra guerra de independencia, empezó cuando el Ejército Napoleónico invadió España en 1808 y sus pobladores desconocieron la autoridad de José Bonaparte, impuesto como rey; se alzaron contra los invasores y propiciaron la etapa histórica también denominada guerra de independencia contra los franceses.

La nuestra se inició en Quito, al siguiente año, y luego se extendió por todo el continente americano, cuando al igual que en España se conformaron Juntas de Gobierno en las principales ciudades hispanoamericanas, aprovechando el

vacío de poder generado por la intervención francesa y la prisión del rey Carlos IV y de su heredero, el futuro rey Fernando VII. Juntas de Gobierno que cobraron para sí la soberanía.

En el virreinato de la Nueva Granada, a partir de 1810, en estas juntas se generaron varias tendencias; una guardaba lealtad absoluta al soberano, otra reconocía su autoridad, pero sometida a una constitución, y otra, la desconocía y reemplazaba con gobiernos propios, bajo los parámetros políticos de la Ilustración, es decir, de la democracia. El primero fue el partido de los realistas, cuya fidelidad a la corona se manifestó con gran fuerza en la zona suroccidental y nororiental del país, con epicentro en las ciudades de Pasto y Santa Marta. El segundo fue el que impusieron los criollos firmantes del acta de independencia de Santa Fe el 20 de julio de 1810, quienes en principio no desconocieron la autoridad real y designaron al propio virrey como presidente de la Junta de Gobierno. El tercer partido fue el que lideraron





los criollos patriotas, expresado en el espíritu de los habitantes de las provincias de Mompox y Cartagena, que fueron las primeras ciudades en proclamar la emancipación absoluta del poder español. En la medida como se radicalizó la guerra, estos dos últimos se aproximaron y coincidieron en la proclamación de la independencia.

Este movimiento independentista, como efecto de la ingenuidad e inexperiencia política de los próceres, se fraccionó y enfrentó internamente por la escogencia del sistema de gobierno que debía aplicarse en el naciente Estado, entre federalistas y centralistas; por esta razón, los dos bandos se lanzaron a la guerra civil y, a pesar que su enemigo común, el partido realista estaba dispuesto a defender con firmeza el poder de su soberano.

De tal manera que la Guerra de Independencia, durante su primer lustro, fue una contienda civil; en la cual se enfrentaron, de un lado los criollos patriotas, y del otro, las autoridades realistas. Los primeros, caracterizados por ser descendientes de españoles nacidos en América, poseían capacidad económica, pero carecían del poder real para decidir la forma de vida política y social. Pero tuvieron la oportunidad de viajar a Europa o a los Estados Unidos y acceder a la universidad, donde impregnados del espíritu de la Ilustración, aprovecharon la coyuntura histórica para buscar la independencia e imponer el nuevo régimen de libertad. A este movimiento se sumaron comerciantes, estudiantes, algunas pocas comunidades indígenas en determinadas zonas y la población de color, entre otras. Particularmente, las comunidades Jesuitas, que habían desarrollado notable labor civilizadora con las misiones indígenas, especialmente en los llanos de la Orinoquia, donde habían incrementado la agricultura y la ganadería, también habían sufrido la persecución y el destierro por parte del rey Carlos III. Por ello, aprovecharon esta coyuntura política para cobrar desquite con la corona, colaborando y participando en el levantamiento de los criollos por la independencia.

Los próceres patriotas, se entregaron al propósito emancipador de España y la implantación del régimen democrático, con toda resolución, devoción y desprendimiento, a riesgo de sus propias vidas, familias, haciendas y fortunas. Circunstancia que dio a esta generación de la Guerra de Independencia una fisonomía altruista y heroica, no superada antes ni después hasta el presente de la historia de Colombia. Desde entonces, sus líderes han alumbrado con la luz propia de su ejemplo y sacrificio a cada una de las generaciones que les han sobrevivido hasta hoy y a las del futuro.

El partido realista, liderado y motivado por las autoridades españolas del virreinato y por la mayoría de peninsulares residentes en la Nueva Granada, recibió apoyo de labriegos y aborígenes que veían en el rey a su protector, frente a los criollos ricos y contagiados del espíritu masón extendido con las nuevas ideas. Se sostuvo con parte de las tropas coloniales y las que llegaron de la península, en la medida de la liberación de los franceses.


Conviene aclarar que la población de color se matriculó en el partido que les ofreció la libertad, los cartageneros se sumaron desde el comienzo a la independencia y, al contrario, los caucanos al movimiento realista. Sin que tal alineamiento fuera absoluto, pues tanto las filas realistas como las republicanas se nutrieron con gentes de diferentes estratos, razas y regiones. Hasta hubo muchos europeos que, pasadas las guerras napoleónicas, encontraron en el nuevo continente un escenario apropiado para proseguir su espíritu guerrero o aventurero o darle curso a sus ambiciones personales, mercantiles y utilitarias, así como varios españoles que alcanzaron el generalato luchando en la filas patriotas.

La guerra durante la Primera República se desarrolló en tres escenarios geográficos, conocidos en términos militares como teatros de operaciones. El primero fue el la región central del país, hoy constituido por los departamentos de Cundinamarca, Tolima, Boyacá y Santander, donde la lucha se dio entre los mismos patriotas, partidarios unos del Federalismo, acaudillado por el prominente abogado don Camilo

Los próceres patriotas,
se entregaron al
propósito emancipador
de España y la
implantación del
régimen democrático,
con toda resolución,
devoción y
desprendimiento, a
riesgo de sus propias
vidas, familias,
haciendas y fortunas.

Torres, contra otros afiliados al Centralismo, conducidos por el precursor de la independencia, don Antonio Nariño. Este había publicado "Los derechos del hombre y del ciudadano", expresados en la Revolución Francesa, y dotado de gran cultura y conocimiento del medio sociológico hispanoamericano; veía el sistema federalista como contrario a la historia y tradiciones del país, pero sobre todo inconveniente para la unidad que demandaba la guerra contra los realistas.

Los centralistas tomaron la iniciativa en la guerra, quienes en 1812 avanzaron contra las federalistas ciudades de Tunja y del Socorro, pero los jefes de las expediciones enviadas a estas ciudades, Joaquín Ricaurte y Antonio Baraya, convencidos por el Congreso de las Provincias Unidas establecido en



Tunja, traicionaron a Nariño y se volvieron contra él, derrotándolo en Ventaquemada. Luego avanzaron hasta la capital, donde el Precursor los venció en la plaza de San Victorino y calles aledañas. Al llegar 1813, Nariño tuvo que marchar al sur a apoyar los patriotas del Valle del Cauca; entre tanto su sucesor, Bernardo Álvarez, rindió la capital al ejército federalista, comandado por el general Simón Bolívar. Quien a su vez, y a pesar de sus convicciones centralistas, después de su derrota en Venezuela en 1814, había sido designado por el Congreso para someter a la centralista Bogotá.

El segundo teatro de operaciones tuvo su desarrollo entre los patriotas de las ciudades confederadas del Valle del Cauca, apoyados por los gobiernos de Santa Fe y Antioquia, contra los realistas de Pasto y Popayán, el cual se extendió hasta Quito. Este escenario se caracterizó por dos movimientos oscilantes que comenzaron en el Valle del Cauca con la batalla del Bajo Palacé a comienzos de 1811, ganada por el general patriota Antonio Baraya, quien había llegado de Santa Fe con tal fin. Victoria que permitió a los patriotas avanzar hacia el sur, apoderarse de Popayán y ocupar Pasto, pero en las calles de esta ciudad fueron sorprendidos y fusilados sus líderes, Caicedo y Cuero y Macaulay. Animados con este triunfo, los realistas, con Juan Sámano a la cabeza, avanzaron sobre el Valle del Cauca.

Las ciudades confederadas pidieron auxilio en 1813 a Santa Fe, y fue cuando acudió al sur

Antonio Nariño con un ejército por él organizado y comandado. Ejército que logró triunfar frente a las tropas de Sámano en los combates del Alto Palacé y Calibío, y ocupar a Popayán. Luego continuó su avance sobre Pasto y en la batalla de Juanambú, la más notable de las libradas durante la Primera República, venció al realista Melchor Aymerich. Prosiguió su avance triunfando en Cebollas y Tacines, en las goteras de Pasto. Pero allí, aislado y traicionado, fue sorprendido por los pastusos, tomado prisionero y enviado a la prisión de Cádiz, de donde solo regresó hasta 1821, cuando se había liberado gran parte de Colombia.

El tercer escenario de la guerra en este período fue el de la Costa Atlántica, el cual se prolongó hasta Venezuela. La contienda tuvo sus inicios entre los patriotas habitantes de Cartagena y los realistas de Santa Marta, teniendo como objetivo fundamental el dominio de la navegación por el río Magdalena, arteria fluvial de las comunicaciones con el interior del país. Allí llegó Bolívar en 1812, después de su primer fracaso en Venezuela, donde se dio a conocer con uno de sus primeros y brillantes documentos políticos: "El manifiesto de Cartagena". Después del cual, incorporado al ejército patriota, al mando del francés Pedro Labatut, y destinado a la vigilancia de los realistas samarios en el puerto de Barrancas, inició su camino de gloria en la "Campaña del Bajo Magdalena".

Después de liberar la navegación por el río Magdalena, Bolívar siguió triunfante hasta Cúcuta, donde pidió apoyo al gobierno de la Nueva Granada, que le envió lo más granado de su juventud, con la cual partió a libertar a Venezuela en 1813. En Mérida recibió el título de Libertador y en Trujillo enfrentó las atrocidades españolas con el terrible decreto de la guerra a muerte, con el fin de sustentar la nacionalidad y crear así distancia política con España.

Llegó a Caracas y coronó la epopeya en 1813, del modo más heroico en la cumbre del Bárbara con el sacrificio de Atanasio Girardot, y en 1814 de forma sublime en San Mateo con la inmolación de Antonio Ricaurte. Pero surgió en los llanos de Venezuela el temible caudillo

realista, José Tomás Boves, quien identificado con el ambiente geográfico y las costumbres de los llaneros, llegó a convertirse en su más genuino líder y hacerle a Bolívar la guerra en las condiciones militares más feroces, pero en los términos políticos más convenientes. Plan-teándole una lucha social, con hordas salvajes, resentidas y violentas, con las que lo derrotó a pesar de haber perdido la vida en este intento. Bolívar tuvo que regresar a la Nueva Granada a dar cuenta al Congreso de las Provincias Unidas de su fracaso en esta campaña.

En Tunja, Bolívar fue recibido por el Presidente del Congreso de las Provincias Unidas, Camilo Torres, quien comprendió la situación de su infortunio, pero intuyendo su genialidad, lo recibió con entusiasmo, y le dio el mando del ejército federalista, como ya lo advertimos, para que marchara a someter a la centralista Santa Fe.

En 1815 concluyó este período, que pudiéramos decir fue un ensayo de república, llena de errores y de infortunios, que en la siguiente

etapa se reconfortaría con el martirio de la mayoría de próceres que la lideraron, pero sucumbieron ante el peso del poder militar español, cuando la derrota de Napoleón en Europa permitió el regreso al trono de España a Fernando VII y una de sus primeras medidas fue la de procurar la recuperación y consolidación de sus colonias en América, mediante un ejército expedicionario de 12.000 hombres al mando de uno de los héroes de la guerra contra Francia, el general Pablo Morillo, quien puso fin a nuestra Primera República con el Régimen del Terror; que a su vez, propiciaría la independencia definitiva alcanzada el 7 de agosto de 1819 en la batalla de Boyacá, donde nació definitivamente la República. 🐉

CURRÍCULUM

Mayor General (RA) José Roberto Ibáñez Sánchez. Presidente Academia Colombiana de Historia Militar, Abogado (Universidad La Gran Colombia), con cursos de Alta Gerencia, Pedagogía y Administración Pública (Esap). Historiador, exasesor de la Consejería Presidencial para la Seguridad y Defensa Nacional. Adelantó estudios de Investigación Histórica (Instituto de Cultura Hispánica de Madrid) y de Geoestratégica (Centro de Estudios Internacionales). Fue profesor invitado de la Academia de Chile en Estrategia, Geopolítica e Historia Militar. Es Miembro de número de las Academias: Colombiana de Historia, Real Academia Española de Historia y sus homólogas de Venezuela y Ecuador más del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Uruguay, de la Sociedad Bolivariana de Colombia y de la Academia Colombiana de Historia ante el V Congreso Iberoamericano de Historia en Santiago de Chile.